

# DANIEL LACALLE

## Libertad o igualdad



**Por qué el desarrollo del capitalismo  
social es la única solución  
a los retos del nuevo milenio**

**DEUSTO**

# **Libertad o igualdad**

Por qué el desarrollo del capitalismo social es la única solución a los retos del nuevo milenio

**DANIEL LACALLE**

Traducción de Jorge Paredes



EDICIONES DEUSTO

© Daniel Lacalle, 2020

© de la traducción: Jorge Paredes, 2020

© Editorial Planeta, S.A., 2020

© de esta edición: Centro de Libros PAPP, SLU.  
Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAPP, SLU.  
Av. Diagonal, 662-664  
08034 Barcelona

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN: 978-84-234-3146-5

Depósito legal: B. 1.933-2020

Primera edición: marzo de 2020

Preimpresión: pleka scp

Impreso por Huertas Industrias Gráficas, S. A.

Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# Sumario

---

Introducción, por Alejandro A. Chafuen .....	13
1. Cómo hemos llegado hasta aquí .....	21
2. La definición de capitalismo social .....	63
3. Hacia una economía colaborativa .....	79
4. Parecía una gran idea en su momento .....	95
5. Las soluciones mágicas no funcionan .....	125
6. Proteccionismo: una falsa protección que nos perjudica más .....	155
7. La solución es el capitalismo social, no la igualdad: ¿por qué el capitalismo es más social que el intervencionismo? .....	177
8. Capitalismo social: por qué el precio y los beneficios son esenciales para aumentar el bienestar .....	197

9. El funcionamiento del capitalismo social .....	213
10. El presupuesto del capitalismo social .....	237
11. Los resultados: la libertad es mejor que la igualdad forzosa .....	253
12. Nuestros hijos y nietos vivirán mejor que nosotros: el argumento moral a favor del capitalismo social .....	273
Epílogo. Una nueva mentalidad capitalista y un futuro más brillante .....	283
Apéndice: lecturas complementarias .....	303

## Cómo hemos llegado hasta aquí

Hay una enorme diferencia entre tratar a las personas de manera igualitaria y tratar de hacer que sean iguales. Lo primero es la condición para una sociedad libre, mientras que lo segundo implica una nueva forma de servidumbre.

FRIEDRICH A. HAYEK

«Nunca hemos estado peor. Los ricos son cada vez más ricos y los pobres son cada vez más pobres.» «El capitalismo es culpable de todos los males.» Hemos escuchado frases similares a éstas en innumerables ocasiones. Aunque son frases que exponen algo empíricamente incorrecto, como tantos «mantras» tan repetidos como equivocados, sí recogen un descontento real de una parte relevante de la población ante el exceso de políticas intervencionistas. Éstas, buscando inflación a cualquier precio, han erosionado el poder adquisitivo del pilar de nuestra sociedad, la clase media. El problema es que esa parte de la población achaque ese exceso al sistema de libre mercado, cuando la causa son las medidas intervencionistas de planificación centralizada promovidas desde los gobiernos.

En este libro vamos a desgranar muchas de las falacias que se repiten constantemente, pero, sobre todo, vamos a hablar de soluciones. Espero que este viaje hacia la libertad y la responsabilidad sirva al lector para conseguir tres objetivos: acumular argumentos y datos que desmonten las falacias que se nos repiten, conocer los riesgos de los cantos de sirena provenientes del socialismo y, finalmente, ofrecer —como siempre hago en mis libros— propuestas y soluciones reales.

A pesar de lo que los intervencionistas pretenden hacer creer, nunca la humanidad había vivido mejor que ahora. El año 2019 fue «el mejor año de la humanidad», según apunta Nicholas Kristof en un estudio reflejado por *The New York Times*. Hacia 1950, el 27 por ciento de todos los niños del mundo morían durante la infancia (hasta los quince años); en 2019, esa cifra ha caído al 4 por ciento. Cada día, 325.000 personas obtienen acceso a la electricidad por vez primera, y 200.000, al agua potable. En ese mismo período (1950-2019), la pobreza mundial se ha reducido al nivel más bajo de la historia.

Las cifras desmontan el catastrofismo que algunos pretenden imponer por la vía de la repetición. En los últimos 25 años, más de mil millones de personas lograron salir de la pobreza extrema, y actualmente la tasa mundial de pobreza es la más baja desde que se tienen registros. En 2015, la tasa de pobreza era del 10 por ciento de la población mundial, y aproximadamente la mitad de los países del planeta registraban tasas de pobreza por debajo del 3 por ciento.

Estamos hablando de un sistema económico, el capitalismo, que ha permitido reducir un punto porcentual al año la pobreza mundial desde 1990. Éstos son verdaderos logros sociales de las últimas décadas. Y hay que identificar la pobreza, y no la desigualdad, como el verdadero enemigo a batir.

Probablemente nos sorprenda leer que la desigualdad en España cayó en 2017 al nivel más bajo en una década, con un coeficiente de Gini de 33,2 (en una escala de cero a 100), según el Instituto Nacional de Estadística.<sup>1</sup> En Latinoamérica, y según datos del Banco Mundial, 16 de 17 países redujeron su desigualdad en más de 6 puntos desde 2002.<sup>2</sup> Pocos medios de comunicación lo habrán comentado. Un coeficiente de Gini de cero significa igualdad perfecta (todos los ciudadanos reciben la misma renta), y uno de 100 significa desigualdad total (un ciudadano recibe

1. Datos de 2017, del informe Encuesta de Condiciones de Vida (ECV), del Instituto Nacional de Estadística (INE).

2. Según el Banco Mundial, el coeficiente de Gini en Latinoamérica era de 41 en 2017.

toda la renta, y el resto, nada). Un coeficiente de desigualdad de 30 o 40, por lo tanto, significa una altísima igualdad. Además, el nivel de pobreza también cae y la economía crece de manera más sostenible.

Si bien son datos alentadores, no debemos dejarnos llevar por la complacencia. El hecho de que, de forma global, el mundo haya mejorado significativamente en los últimos setenta años debe ser el acicate para que nuestra sociedad tome conciencia de los retos del futuro y los afronte con decisión y optimismo.

En este sentido, el acceso a la información, las nuevas tecnologías, las noticias y las redes sociales nos permiten conocer en tiempo real los problemas globales y nos llevan, y eso es bueno, a querer una mejora constante, rápida y duradera. Pero también tienen un lado oscuro, que es la utilización de información descontextualizada y el alarmismo, cuya finalidad es pervertir las decisiones de los ciudadanos, persuadiéndolos de entregar su libertad a cambio de una inexistente seguridad.

Sólo así se puede entender que un político diga que su país tiene millones de pobres confundiendo, a sabiendas, pobreza real con «riesgo de pobreza y exclusión», que no son la misma cosa de ninguna manera. El baremo para medir el riesgo de pobreza y exclusión, como debe ser, se sitúa de manera relativa a la renta media, referida al propio país y asumiendo las mejoras de calidad de vida generalizadas (en el caso de un hogar español, una renta de 18.629 euros anuales). Por ello, por ejemplo, una persona que esté hoy en el umbral de pobreza sería comparable, en términos reales, a una persona de clase alta en la década de 1930; y también, una persona que esté en el umbral de pobreza en Estados Unidos tendría una renta real (ajustada por inflación y transferencias) superior a la renta media en países como Portugal o Grecia, y muy cercana a la de España. Este índice es una herramienta importante y necesaria para avanzar en inclusión y desarrollar el país, pero no puede ser considerado como un indicador fiable del número de personas en situación de pobreza real y, por lo tanto, no debería utilizarse para crear alarma social que justifique medidas políticas



destinadas a aumentar el intervencionismo y exigir más poder y más fondos.

Desde el alarmismo populista no se busca la prosperidad, sino el control, y eliminar la libertad individual y el mérito. La libertad individual es, con mucha diferencia, nuestro principal don y nuestra principal responsabilidad. Nos permite crecer, aprender, desarrollarnos y desplegar todo nuestro potencial, es algo precioso. Es esta libertad individual lo que Santo Tomás de Aquino define como libre albedrío, el cual se asemeja a «un poder por el cual el ser humano puede juzgar libremente»,<sup>3</sup> poder que él mismo sitúa como centro de la capacidad de raciocinio. Un ser humano que no usa la razón no tiene libertad individual. No existe libre albedrío sin razón y, por lo tanto, esta libertad de elección se orienta conscientemente hacia el bien.

Así entendido, no es de extrañar que los totalitarios e intervencionistas del mundo teman la libertad individual más que cualquier otra cosa. La libertad individual, tener la capacidad de decidir qué deseamos hacer con responsabilidad, es la esencia del ser humano, y la esencia de la libertad misma. En la introducción a la edición de 1986 de su novela *La naranja mecánica*, de 1962, Anthony Burgess explica que «el ser humano está dotado de libre albedrío, y puede elegir entre el bien y el mal. Si sólo puede actuar bien o sólo puede actuar mal, no será más que una naranja mecánica, lo que quiere decir que en apariencia será un hermoso organismo con color y zumo, pero de hecho no será más que un juguete mecánico»,<sup>4</sup> y un juguete en manos del poder. ¿Y no sería mejor hacer siempre el bien? Se trata de un engaño para limitar nuestra libertad, porque la mera idea de que un sujeto o grupo de poder pueda querer moldear un ser humano infalible y virtuoso, y, con ese ser humano, toda una comunidad uniforme e intrínsecamente virtuosa, es simplemente una falacia, y una que lleva a la dictadura.

3. Juan Manuel Díaz Torres, *Filosofía de la libertad: el acto libre según Santo Tomás de Aquino*, Editorial Club Universitario, San Vicente del Raspeig (Alicante), 2006.

4. Anthony Burgess, *La naranja mecánica*, Minotauro, Barcelona, 2015.

C. S. Lewis, en su obra *Mero cristianismo*,<sup>5</sup> de 1952 (que reúne tres textos escritos en la década de 1940), nos dice: «Si una persona es libre de ser buena, también es libre de ser mala [...]. ¿Por qué, entonces, Dios nos dio libre albedrío? Porque el libre albedrío, aunque hace posible el mal, también es lo único que hace posible cualquier amor, bondad o alegría que valga la pena tener. No valdría la pena crear un mundo de autómatas, de criaturas que funcionaran como máquinas». ¿Lleva el libre albedrío al egoísmo y la falta de cooperación y caridad? Todo lo contrario. John Stuart Mill, en su ensayo *Sobre la libertad*,<sup>6</sup> de 1859, nos explica que el verdadero genio humano sólo surge en libertad. El ser humano libre mayoritariamente tiene un sincero interés por el bien público. Si pensamos que el ser humano y la iniciativa individual tienden al mal, ¿sinceramente podemos creer que suprimir la iniciativa individual y la libertad y supeditarlas a un grupo de seres humanos poderosos por tener liderazgo político va a hacer a la sociedad buena? La maldad no se elimina desde el control, al contrario, se incentiva. Una cosa es que los seres humanos libres, por acuerdo, pongan en común reglas para defender el bien y castigar al mal —de ahí la importancia de las instituciones independientes—, y otra cosa es que un grupo de seres humanos intenten controlar al resto para imponer su idea de lo que es correcto. Siempre será un político mesiánico el que pretenda imponer su modelo de ficción, y, para que una parte de la población acepte entregar su futuro y el de sus seres queridos, el líder autocrático ofrece a cambio «seguridad».

Por otra parte, aquellos que prometen seguridad rara vez disponen, si es que disponen alguna vez, de los medios o del poder para garantizarla. Cuando caemos en la trampa de renunciar a la libertad, únicamente recibimos lo que realmente nos ofrece el intercambio: servidumbre. Como señaló Benjamin Franklin:

5. C. S. Lewis, *Mere Christianity*, HarperCollins, Nueva York, 2001. Versión castellana de Verónica Fernández Muro, *Mero cristianismo*, 8.ª ed., Rialp, Madrid, 2005.

6. John Stuart Mill, *Sobre la libertad*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2017.

«Aquellos que renuncian a la libertad a cambio de seguridad no obtienen ni merecen ninguna de las dos».

De hecho, la historia nos muestra, en los países que han sufrido y siguen padeciendo dictaduras, que aquellos que ofrecen seguridad por libertad aspiran únicamente a destruir derechos colectivos que se han logrado gracias a la libertad y las acciones individuales, no gracias a la «generosidad» de un gobernante. La dictadura cubana, la de Corea del Norte o tantas teocracias de Oriente Próximo basan su opresión en la falsa figura paternalista del poder.

La iniciativa individual alcanza su máxima expresión en un entorno de libertad con responsabilidad. Eso nos permite contribuir al mayor bien de la sociedad creando un ejemplo de éxito (y también una lección, en caso de que fracasemos), así como avanzar como sociedad. Y no hay avances sin errores. Nuestro objetivo debe ser minimizarlos y aprender de ellos, porque nadie, ninguna persona o institución tiene la capacidad de eliminarlos. Aquellos que quieren que renuncies a tu libre albedrío resaltarán los riesgos, fomentando el miedo y la inseguridad para hacerte creer que eres incapaz de funcionar sin su ayuda.

Las prácticas totalitarias siempre prometen seguridad y una falsa libertad sin responsabilidad, por eso se alimentan del miedo y de la envidia. La promesa de libertad sin responsabilidad es, en realidad, una trampa de la que no hay escapatoria. Creemos que hacemos lo que queremos cuando, en realidad, hacemos lo que nos mandan.

La envidia y el miedo se convierten en las herramientas más poderosas para convencernos de que renunciemos, insisto, a nuestro don más preciado como seres humanos: el libre albedrío. Por eso, no es una casualidad que los que desean acabar con la libertad y el mérito pongan al capitalismo como el culpable de todos los males.

La inestabilidad financiera se argumenta como una de las debilidades del capitalismo. Como si pudiésemos olvidar que todos los regímenes socialistas y planificados han colapsado por quiebra y desastre económico. La inestabilidad financiera es siempre el resultado del socialismo y el estatismo, la intromisión cons-

tante y creciente del Estado en la economía. Al introducir la idea de que los ciclos económicos son anomalías y al presentarse el Estado o el ente supranacional como «salvador» que cambia y maneja los ciclos por diseño, se nos vende la falacia de la inexistencia de riesgo, y eso lleva a períodos de crisis, que no dejan de ser la consecuencia de un exceso previo que explota. El estatismo, que pone como centro de la economía al sector público y sus empresas rentistas, nos intenta convencer de que el riesgo y la destrucción creativa, esenciales para el desarrollo, son anomalías y no parte del proceso de mejora mundial. Cuando el pensamiento estatista lanza el mensaje de que no hay riesgo, disfrazándolo con tipos de interés artificialmente bajos, liquidez desproporcionada, gasto superfluo para aumentar el PIB y déficits constantes, también nos intenta hacer creer que los recortes de mañana no son el resultado de los excesos de hoy, y que los desequilibrios de hoy no generarán la crisis del futuro.

Es curioso, de nuevo, que se llame debilidad del capitalismo a políticas causadas por la planificación central. La enorme bajada de tipos de interés y el aumento artificial de liquidez, que infla burbujas y crea períodos de exceso y posterior pinchazo, vienen directamente causados por políticas de planificación central orientadas a beneficiar a los Estados que se financian a tipos artificialmente baratos. En mi libro *La gran trampa* (Deusto, 2017) explico que los bancos centrales no pueden seguir ignorando las burbujas y los excesos que crean con sus políticas. Lo que me parece sorprendente —e intelectualmente deshonesto— es achacar eso a problemas de capitalismo y libre mercado, cuando se debe a las políticas estatistas de planificación central.

Han sido los bancos centrales y las organizaciones supranacionales las que han roto los mecanismos de oferta, demanda y libre comercio bajo la mágica idea de que iban a controlar y gestionar los ciclos económicos desde el poder. Hemos vivido un período de exceso de políticas de demanda en el que, además, los Estados que se autodenominan defensores del libre comercio han introducido importantes barreras al comercio con todo tipo de excusas, la Unión Europea y China incluidos. Eso es mercantilismo. En realidad, estamos viviendo un período de naciona-

lización encubierta gradual de la economía vía política fiscal y monetaria, más parecido al socialismo que al capitalismo.

No es, por lo tanto, una sorpresa que el ciudadano medio se sienta en parte expulsado del crecimiento económico. Si la renta y el ahorro de la clase media se diluye y confisca vía políticas monetaria y fiscal, es perfectamente lógico que una parte de la población piense que el mundo está mucho peor. Lo peligroso es pensar que lo que tenemos es gratis y darlo por hecho, y aún más peligroso es pensar que la solución va a ser implementar ideologías fracasadas como el socialismo y el comunismo.

El economista de la Reserva Federal W. Michael Cox explica que «el sistema capitalista literalmente creó la clase media, y la mejor manera de mantener y mejorar nuestros niveles de vida es mantenerlo funcionando con la máxima eficiencia. La generosidad del gobierno, no importa cuán alta mentalidad o buenas intenciones tenga, no va a hacer mucho por la mayoría de las familias de clase media».<sup>7</sup>

El capitalismo es la causa del crecimiento de la clase media. Ningún otro sistema fortalece a las capas medias, incentiva el mérito y permite la evolución de pequeños comercios a grandes empresas. La clase media no está perdiendo peso aún de manera alarmante, y si pierde algo de peso no es por culpa del capitalismo, sino por políticas de planificación central orientadas a penalizar el ahorro y extraer rentas vía represión fiscal. La clase media siempre pierde cuando los gobiernos mundiales introducen represión fiscal y financiera desde medidas que son más socialistas que capitalistas, como disparar los déficits, aumentar impuestos y subvencionar a sectores de baja productividad mientras se destruye el ahorro vía bajadas de tipos e inyecciones de liquidez.

A la clase media se la está diluyendo con exceso de socialismo, no de capitalismo. Las políticas más repetidas desde hace dos décadas son claramente socialistas: beneficiar el exceso del

7. W. Michael Cox, «The middle class still has it pretty good». Hay disponible un extracto de este artículo en: <<https://www.aei.org/carpe-diem/capitalism-created-the-middle-class-and-they-still-have-it-pretty-good/>>. Consulta: [13/12/2019]

sector público incentivando el endeudamiento y penalizando el ahorro, disparar el gasto público y, después, llamar a unos recortes mínimos «austeridad».

Esa clase media se ha visto golpeada por una crisis, la de 2008, negada por el poder político que la calificó como pesimismo injustificado y que, en realidad, no era más que el estallido de la burbuja previa, promovida legislativamente y desde la política monetaria por esas mismas instancias de poder. Ante ese golpe de realidad, el chivo expiatorio fue el capitalismo en general y el sistema financiero en particular. Sin embargo, la fragilidad del sistema financiero siempre ha existido, incluso antes de lo que hoy llamamos capitalismo. En mi libro *La gran trampa* muestro que las crisis financieras eran mucho más largas y abruptas en épocas anteriores a la llegada del sistema capitalista. Es cierto que, desde la ruptura del patrón oro, las crisis se han hecho relativamente frecuentes, pero también son menos severas. En el libro explicaremos el aspecto monetario de muchos de los descontentos actuales. No deja de ser interesante que el ciudadano medio achaque las crisis al capitalismo y caiga en la trampa de favorecer a políticos que defienden diluir y destruir el poder adquisitivo de la moneda, una medida claramente estatista encaminada a imponer desde el gobierno el monopolio de la creación de dinero por interés gubernamental.

Lo que cambió en la época de las sucesivas burbujas es la percepción del riesgo. No es culpa del capitalismo que muchos ciudadanos decidan conscientemente ignorar que toda inversión conlleva un riesgo. La pregunta es: ¿quién introduce en la mente del ciudadano la idea de que una inversión no tiene riesgo o que no pasa nada y hay que subirse a las burbujas? Y la respuesta es: los bancos centrales, que son los que buscan activamente que el ahorrador tome más riesgo por menor rentabilidad.

El ciudadano medio, tradicionalmente cauto y prudente en sus decisiones, ha recibido estímulos constantes para abandonar su propensión al ahorro y tomar riesgos excesivos con la promesa encubierta de que los Estados o los bancos centrales siempre iban a poner un colchón ante problemas graves. La sana prudencia ante los cantos de sirena se convertía en un clamor desde las

entidades planificadoras centrales, los entes supranacionales y sus entidades cercanas: no ahorre, tome riesgo. La crisis de 2008 fue importante porque rompió definitivamente la confianza de los agentes económicos en los mensajes de seguridad de las entidades supranacionales. Y, ante esa pérdida de fe, ocurrieron dos cosas. La primera es que la solución de los Estados y los bancos centrales a una crisis creada por una toma de riesgo excesiva, incentivada por bajos tipos y alta liquidez, fue la de bajar los tipos y aumentar la liquidez. Los ganadores de esta nueva locura volvieron a ser los gobiernos y sus sectores cercanos. La segunda es que, con ello, y a pesar de la recuperación, se acabó la relación de confianza por parte de un amplio segmento de la ciudadanía. El estatismo monetario y fiscal perdía sus principales clientes. ¿Cómo está intentando el estatismo supranacional recuperar ahora la confianza de los ciudadanos? Comprando erróneamente el argumento populista. Muchos gobiernos de todo el mundo y varios de los sectores más rentistas han decidido abrazar las ideas populistas que les amenazaban, esperando así perpetuarse en el poder. Al blanquear ese populismo, no lo combaten, lo perpetúan.

El asistencialismo promete redención sin responsabilidad, pero nos convierte en dependientes. Alguien del gobierno nos dirá que no nos preocupemos, que ellos están ahí para solucionar la situación —con nuestro dinero—, pero, al hacerlo, nos cortan las alas, haciendo que nos resulte más difícil conseguir nuestros objetivos por nosotros mismos. Ponen más trabas a la libertad, y nos convencen de que no podemos funcionar adecuadamente sin ellos.

Se trata de algo parecido a la forma de actuar de las personas opresoras. «Solo no eres nada, no puedes hacerlo sin mí», dicen, afirmando al mismo tiempo que «nadie te querrá más que yo». Ésa es la actitud paternalista opresora. Nos convertimos en clientes y rehenes de la supuesta generosidad que recibimos.

Un individuo verdaderamente libre es aquel que es plenamente consciente de las consecuencias de sus actos y que tiene capacidad para elegir qué acciones emprender. Un auténtico esclavo es aquel que rechaza la responsabilidad y se siente libre

cuando se le permite alimentarse con las migajas que le dejan. Aunque, como hemos dicho, el miedo y la envidia son herramientas esenciales para destruir la libertad, la auténtica puntilla es suprimir la responsabilidad. Los promotores del totalitarismo nos presentan esta servidumbre como necesaria por nuestro propio bien, y utilizan palabras como social, solidaridad, justicia e igualdad para lograr todo lo contrario. Pero, cuando fracasan, cosa que siempre sucede, ya están en el poder y, lo que es más importante, recurren a un socorrido chivo expiatorio: el enemigo exterior.

El totalitarismo que se nos vende como lo mejor «para el bien común» y como la solución «social, justa e igualitaria» tiene que hacer que nos sintamos mal por nuestro deseo natural de desarrollarnos, mejorar y alcanzar nuestro potencial individual. Lo llaman avaricia.

Sin embargo, avaricia es acumular cantidades crecientes del fruto del trabajo, del ahorro y de la inversión de los ciudadanos para las arcas del administrador gubernamental, que se presenta como un salvador con el dinero ajeno y como un libertador con la libertad ajena. No existe nada más avaro, además, que el concepto de «justicia social», porque parte de una falacia para justificar una inmoralidad. La falacia es que el crecimiento económico, la generación de riqueza, es un juego de suma cero y que para que unos ganen, otros tienen que perder. Es decir, que si alguien se ha hecho rico es porque ha hecho pobres a otros. Por ejemplo, en algunas ocasiones he escuchado que Steve Jobs se hizo multimillonario a costa de hacer pobres a los ciudadanos chinos que construyen los dispositivos que él diseñó. Quienes opinan así se olvidan de que, gracias a inversiones como las de Jobs en China, esos ciudadanos son hoy más ricos y prósperos, como también lo son los trabajadores de Apple que se han multiplicado y beneficiado de la revalorización de las acciones con las que les entregan parte de su remuneración. Tampoco tienen en cuenta el beneficio para terceros: usted y yo compramos dispositivos móviles de una calidad, unas prestaciones y un precio que hace veinte años no podríamos haber soñado. ¿Suma cero? Esto es simplemente una falsedad.



El crecimiento económico no sólo no ha sido una suma cero, sino que la mejora de condiciones de vida, de riqueza y de acceso a salud, educación y bienes y servicios se han multiplicado para miles de millones de ciudadanos. En este libro explicaremos cómo el desarrollo económico, la productividad y la eficiencia benefician a la inmensa mayoría. La inmoralidad es llamar justicia social al robo, y que un grupo de políticos y mal llamados intelectuales, que jamás han creado una empresa ni un empleo, se arroguen la facultad de determinar cuánto debe usted ganar y cuánto merece. Estas personas deciden que hay que redistribuir el fruto del éxito de Steve Jobs, por ejemplo, y dárselo a gente que, como ellos, no han tomado riesgo ni creado nada ni generado bienestar. Eso no es justicia, es una inmoralidad. Porque la justicia y la fiscalidad progresiva ya existen, la redistribución ya existe. Cuando hablan de «justicia social», hablan de la mayor inmoralidad posible: la confiscación de los frutos del progreso para beneficio del poder político. Penalizar el mérito y el éxito para premiar la mediocridad no es justicia social, es inmoralidad política. La gran conquista del capitalismo es que no sólo premia el genio de alguien como Steve Jobs, sino que su éxito permite a su vez que millones de personas accedan a puestos de trabajo de mayor calidad y mejoren sus condiciones de vida.

El socialismo no sólo penaliza el mérito, sino que supedita a la población a ser dependientes del poder político. La promesa de igualdad de un gobierno intervencionista es la receta para el estancamiento, ya que los gobiernos solamente pueden igualar por abajo; sólo pueden empobrecer a los ricos, nunca enriquecer a los pobres, de modo que perjudican a todo el mundo. Ninguna nación ha hecho más ricos a los pobres haciendo pobres a los ricos.

Defender la libertad individual no significa que ignoremos a la sociedad. La sociedad es el resultado de una elección personal y consciente por la cual unimos por iniciativa propia nuestras necesidades y objetivos individuales y decidimos invertir en una forma de mejorar nuestras vidas. En última instancia, esto proporciona mejores resultados a la inmensa mayoría de la gente.

El Estado no es el gobierno, y la sociedad no es lo que decidan los políticos. El Estado, que debe ser una comunidad de seres humanos libres que conforma una base de reglas de conducta y políticas encaminadas al bien común y a fortalecer la libertad y la capacidad de cada individuo de conseguir su desarrollo personal y familiar, se ha convertido en una especie de religión que impone la voluntad de una minoría sobre los demás. Estamos ante el Estado como nuevo Dios, «la nueva divinidad ante la cual se protesta y se pide reparación cuando no satisface las expectativas que ha creado», según explica Hayek,<sup>8</sup> o como un Rey Mago, no como un instrumento de convivencia.

Como explicaba Frédéric Bastiat en su breve ensayo *La ley*,<sup>9</sup> de 1850, «la sociedad es el conjunto de servicios que los ciudadanos prestan, servicios públicos y privados [...]. Ninguna sociedad puede existir si en ella no reinan las leyes en alguna medida; pero lo más seguro para que las leyes sean respetadas es que sean respetables. Cuando la ley y la moral se contradicen, el ciudadano se encuentra ante la cruel alternativa de perder la noción de moral o perder el respeto a la ley. Dos desgracias igualmente grandes entre las cuales es difícil elegir».

La sociedad no trata de hacer que las personas sean iguales, exigiendo que renunciemos a nuestros derechos individuales. La sociedad no ha sido creada para eso, sino para que todos seamos capaces de dar lo mejor de nosotros mismos. La sociedad y el libre albedrío no son enemigos. La sociedad y el poder absoluto sí lo son.

En los próximos capítulos repasaremos todos los conceptos antes descritos, desmontaremos mitos falsos y desvelaremos trampas utilizadas para arrebatarnos la libertad.

8. Friedrich A. Hayek, *The road to serfdom*, Routledge, Londres, 1944. Versión castellana de José Vergara, *Camino de servidumbre*, 3.ª ed., Alianza Editorial, Madrid, 2011.

9. Frédéric Bastiat, *La ley*, Alianza Editorial, Madrid, 2005.

## **Cómo crear la máxima transferencia de riqueza al Estado**

Probablemente habrás oído o leído en incontables ocasiones que «el Estado no es como una familia o una empresa».

Estoy seguro de que, de diferentes formas, habrás escuchado que «el Estado tiene que gastar cuando otros ahorran», que «los déficits no importan porque la deuda pública no se tiene que pagar» y que «los Estados pueden incrementar su deuda tanto como deseen porque pueden imprimir todo el dinero que quieran».

Si te dijera cualquiera de esas frases refiriéndome a un amigo, una familia o una empresa, te reirías a carcajadas. Esos mensajes son tan ilógicos que la única manera de hacer que suenen remotamente aceptables es partiendo de una premisa falsa: el Estado no es como tu familia.

¿No lo es? La familia es el agente económico más social que existe. Nosotros, como padres, sacrificamos voluntariamente una parte de nuestras vidas, de nuestra riqueza y de nuestro tiempo para ayudar a nuestros hijos y a nuestros mayores.

¿Cómo lo hacemos? Ahorrando y siendo austeros, tomando decisiones difíciles..., y no despilfarrando y endeudándonos. Por eso, formar una familia no significa perder oportunidades de hacer lo que queremos; es una inversión que, en muchas ocasiones, aporta más alegría y satisfacción personal que cualquier entretenimiento o placer individual. Es una decisión personal adoptada desde la libertad con responsabilidad.

¿Cómo una familia, en la que al menos una tercera parte de sus miembros no son contribuyentes desde un punto de vista económico, logra el éxito y permite que todos avancen y mejoren? Ahorrando.

Ahora, imagina por un segundo que los padres —el «gobierno» del agente más social que existe, la familia— deciden gastar todo lo que quieren porque saben que su hijo o sus hijos lo pagarán algún día. Cualquiera de nosotros consideraría a esos padres irresponsables, ineptos o incapaces.

Sin embargo, para hacer que la gente acepte la falacia de que un agente económico no tiene que ahorrar ni pagar sus deudas

porque puede pasarle la factura a la siguiente generación, tenemos que fomentar la idea absolutamente ilógica de que «el gobierno es diferente».

### **El llamado «contrato social», gastado por quienes lo firmaron y pagado por quienes no lo hicieron**

La existencia de un contrato social que realmente funciona es muy evidente en las comunidades pequeñas y familias. La inversión en asistencia social y educación se considera una forma de prosperar y sobrevivir. Sin embargo, para hacer que esa comunidad o familia se desarrolle y sobreviva, las inversiones en asistencia social tienen que hacerse a partir de los ahorros o, de lo contrario, todo el agente económico acabará desplomándose tarde o temprano.

El hecho de que el gobierno esté «gestionando» una comunidad mucho mayor no hace que esté aislado de la lógica económica; más bien al contrario.

La falacia del intervencionismo se basa en el argumento de que los gobiernos o los Estados no son iguales que las familias porque son mucho más grandes y complejos. Eso indicaría que los gobiernos tendrían que ser *más* prudentes y económicamente equilibrados que las familias, no al contrario. Deberían ser incluso *más* responsables y austeros.

Entonces, ¿cómo es posible que el gobierno gaste y se endeude sin cesar? Porque tiene el control y el monopolio de gravar con impuestos a sus ciudadanos y destruir el poder adquisitivo de la moneda.

Muchos dirían que los impuestos son el precio de la civilización. Del mismo modo que una familia invierte en asistencia social, educación y defensa al ahorrar y ser eficiente, el gobierno, si quiere promover la civilización y defender una sociedad libre y justa, tiene que tener un sistema tributario que sea aceptable por todos los agentes económicos a los que sirve. Además, requiere un nivel de gasto aceptable por todos como inversión para crear una sociedad mejor.